

LA EPÍCLESIS DE LA CONSAGRACIÓN

PERE FARNÉS

Al Espíritu Santo en la liturgia se le invoca de formas diversas y su presencia en la celebración se manifiesta de múltiples maneras: doxologías, himnos, antífonas, cantos, profesiones de fe, fórmulas sacramentales, colectas (algunas pocas veces dirigidas incluso al mismo Espíritu Santo o más frecuentemente en las que alude a su acción). Entre estas diversas referencias litúrgicas al Espíritu Santo sobresalen sin duda las epíclesis; y entre las epíclesis la que mayor relieve tiene –tanto por la frecuencia con la que aparece como por la importancia que reviste– es la que pronuncia el sacerdote con relación a la consagración de los elementos eucarísticos. De esta epíclesis vamos, pues, a tratar en este artículo

1. Qué es la epíclesis

La epíclesis podría definirse diciendo que es la plegaria sacerdotal con la que el celebrante –obispo o presbítero– invoca al Padre (a Dios) pidiendo que envíe al Espíritu Santo (la intervención divina, su fuerza) sobre una determinada persona, lugar o cosa¹. Podríamos decir que la epíclesis es la

1 Debido a la *atribución* de las diversas acciones de Dios a cada una de las Personas de la Trinidad en las epíclesis la súplica acostumbra a dirigirse al Padre y la intervención santificadora de Dios se atribuye al Espíritu Santo; con todo excepcionalmente en alguna epíclesis tanto la súplica como la intervención divina se refieren simplemente a Dios sin atribución a ninguna persona concreta. Sería el caso, como

actualización litúrgica o sacramental de la plegaria que el Señor anunció en su discurso de despedida después de la Cena: *Yo rogaré al Padre y él os dará otro Consolador* (Jn 14, 16). La epiclesis es, pues, una plegaria oficial de la Iglesia de la más alta categoría, parecida a lo que llamamos a veces *fórmulas sacramentales*, escuchada siempre por Dios². A decir verdad ningún rito sacramental puede prescindir de la epiclesis, aunque ésta a veces, sobre todo en la liturgia romana, aparezca de una forma bastante implícita.

La epiclesis es, por tanto, una invocación a Dios pidiendo que intervenga y actualice sus maravillas en el hoy y lugar concreto de quienes lo invocan. Por ello la epiclesis está íntimamente ligada al recuerdo de las maravillas obradas por Dios —es decir a la anámnesis—. Anámnesis y epiclesis se enlazan recíprocamente con referencia al Hijo cuyas acciones salvíficas se rememoran y al Espíritu Santo cuya presencia se implora para que las maravillas obradas por el Padre a través de la historia santa que lleva a la plenitud el Hijo se hagan presentes de nuevo en el espacio y tiempo presentes.

La intervención divina que se recuerda en la anámnesis y se pide en la epiclesis es ciertamente obra del Dios-Trinidad (como todas las acciones *ad extra* dirán los teólogos); por ello en última instancia la epiclesis puede dirigirse a Dios, sin hacer mención explícita de la atribución concreta al Espíritu Santo (así lo realiza el Canon Romano en la llamada por algunos epiclesis del Canon Romano como hemos advertido ya en la nota 1).

luego veremos, de la fórmula del Canon Romano que muchos clasifican no sin motivo como una verdadera epiclesis, : “Bendice y santifica, oh Dios, (la version española dice “oh *Padre*” donde el texto original dice “oh *Dios*”).

2 De hecho en no pocas fórmulas sacramentales—sobre todo antiguas aunque también actuales—, las palabras que los teólogos llaman *esenciales* aparecen con una formulación más epiclética que cristológica. Entre las fórmulas sacramentales de la liturgia latina actual podría citarse, por ejemplo, la fórmula de la unción de los enfermos: “Por esta santa unción y su piadosísima misericordia el Señor te ayude *con la gracia del Espíritu Santo* para que...”. También las fórmulas sacramentales de las ordenaciones aparecen más como epicléticas—invocación a que el Espíritu Santo actúe— que como cristológicas o dichas por el ministro “in persona Christi”.

2. Varios tipos de epiclesis

Felix Arocena en este mismo cuaderno de *Liturgia y Espiritualidad* (págs. 113-122) trata de la epiclesis de comunión; aquí reflexionamos sobre la otra epiclesis eucarística: la llamada *epiclesis de la consagración*. Ambas epiclesis son las más frecuentes en la liturgia romana pues se usan a diario en la celebración eucarística³.

Pero para entender mejor el significado y finalidad de las epiclesis en general y de un modo particular para captar el significado de la epiclesis de la consagración —que presenta especiales dificultades sobre todo para quienes están habituados a las maneras de la teología y liturgia latinas— pensamos que puede ser especialmente iluminativo dar una ojeada general a los diversos tipos de epiclesis de la liturgia latina.

3. Las epiclesis de las ordenaciones

La más típica, más clara e incluso la más antigua de las epiclesis es la de las ordenaciones de obispos, presbíteros y diáconos. Estas epiclesis aparecen con claridad meridiana ya en el más antiguo ritual litúrgico que existe (la *Tradición Apostólica*, ca. 220). Por otra parte la epiclesis consecratoria de la ordenación de los ministros aparece en todas las familias litúrgicas orientales y occidentales y siempre piden explícitamente la intervención del Espíritu Santo.

Además, por lo que se refiere al rito romano en concreto, se conservan en toda la pureza de su redacción literaria —plegaria al Padre para que envíe el Espíritu sobre el ordenando⁴— e incluso, como hemos ya insinuado,

3 En el caso del Canon Romano las epiclesis —sobre todo la de la consagración— aparece de forma bastante implícita como luego veremos

4 Para el obispo se usa la misma fórmula de la Tradición Apostólica a la que hemos aludido; para los presbíteros la fórmula actual es: “Te pedimos, Padre todopoderoso, que... renueves en estos siervos tuyos *el Espíritu de Santidad*”; para los diáconos:

esta epiclesis –y no determinadas palabras dichas *in persona Christi*– es lo que aún hoy constituye la fórmula esencial del sacramento del orden, detalle éste que puede resultar clarificante para explicar el significado –e incluso la eficacia– de la epiclesis eucarística que podría parecer a algunos entrar en conflicto con las palabras dichas por el sacerdote en la misa *in persona Christi* (¿consagra la Eucaristía las palabras de la Consagración o la Acción del Espíritu Santo?).

4. Las epiclesis de la iniciación cristiana

También en los sacramentos de la iniciación cristiana hay abundantes gestos y textos epicléticos, el más importante de los cuales es sin duda el que luego vino a llamarse *sacramento de la Confirmación*. Las más de las veces estos gestos epicléticos se sitúan después del rito del agua, pero no faltan ocasiones en que la alusión al Espíritu se sitúa incluso antes. En el mismo Nuevo Testamento aparecen ya gestos epicléticos en la iniciación cristiana: el bautismo de los samaritanos se inicia por Felipe y termina con la tradición del Espíritu por la imposición de manos de los apóstoles (Hch 8, 15-17); un caso parecido lo tenemos en Hch 19, 5-6. En el caso de Cornelio, por el contrario, primero el soldado romano recibe el Espíritu Santo y luego el bautismo de agua (Hch 10, 47); para los que reciben el bautismo en el día de Pentecostés no se dice que se usara un gesto distinto del agua en vistas a recibir el Espíritu Santo. Otra interesante plegaria epiclética propia de los ritos bautismales es la que se hace sobre el agua bautismal: “Que el poder del Espíritu Santo por tu Hijo, descienda sobre el agua de esta fuente”.

5. Las primeras epiclesis eucarísticas

Pero pasemos ya a las epiclesis de la Eucaristía. Para comprender mejor el significado de las mismas –hablamos en plural porque en la celebración

“Envía sobre ellos, Señor, *el Espíritu Santo* ... para que desempeñen con fidelidad el ministerio”.

eucarística *actual* hay dos epiclesis, una en vistas a la consagración, otra en vistas a la comunión— e incluso para resolver algunas dificultades que sobre la epiclesis de la consagración puedan surgir⁵ creemos que el mejor camino es el repaso de la historia de estas epiclesis eucarísticas.

Empecemos diciendo que las dos epiclesis más antiguas que han llegado hasta nosotros son la de Hipólito y la de Addai y Mari. En la de Hipólito, después del relato de la institución y recitadas ya por tanto las palabras de la consagración, el celebrante dice:

Te pedimos, Señor, que envíes el Espíritu Santo sobre la oblación de la santa Iglesia a fin de que cuantos participen de estos santos dones sean congregados en la unidad y llenos del Espíritu Santo.

He aquí la formulación de la epiclesis en la anáfora de Addai y Mari:

Que venga, Señor, tu Espíritu Santo y que repose sobre esta oblación de tus servidores; que él mismo la bendiga y la santifique a fin de que sirva para el perdón de las faltas y para la remisión de los pecados, para la grande esperanza de la resurrección de entre los muertos y para la vida nueva en el reino de los cielos con todos aquellos que han sido agradables a tus ojos.

Notemos que estos dos epiclesis no piden que descienda el Espíritu Santo para consagrar el pan y el vino y convertirlos en el Cuerpo y en la Sangre del Señor sino que el Espíritu Santo desciende sobre la Eucaristía para que ésta fructifique en quienes la van a recibir. En la fórmula de Hipólito se pide la unidad eclesial de quienes recibieran los dones consagrados. En la de Addai y Mari la reconciliación y la gracia escatológica. Tenemos

⁵ Las dificultades pueden presentarse desde un doble punto de vista: a) teológico (¿se puede pedir que el Espíritu Santo transforme el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre del Señor *después que el sacerdote ya ha dicho las palabras de la consagración* como hacen los bizantinos, tanto católicos como ortodoxos?); b) eucuménico (es posible la comunión con los ortodoxos si éstos afirman que la conversión del pan y vino eucarísticos se realizan por la epiclesis cuando los católicos atribuimos la transubstanciación a las palabras de la consagración dichas por el sacerdote *in persona Christi*?).

pues dos epiclesis que piden la venida del Espíritu Santo sobre la Eucaristía pero no en vistas a la consagración sino en vistas a que los elementos consagrados sean fructíferos en quienes los reciban.

Las dos epiclesis, por tanto, más primitivas, aunque *literariamente* sean epiclesis que parece que pidan la consagración de los dones, de hecho, lo que piden en su contenido más objetivo son los frutos de la comunión.

6. La epiclesis, súplica por la manifestación de la presencia de Cristo

Con el tiempo la epiclesis va cambiando progresivamente su significado primigenio. La que al comienzo fue petición para que el Espíritu santificara a los que habían de participar de los dones, paulatinamente va pasando a ser petición para que la venida del Espíritu Santo sobre los dones *manifieste* a quienes los *recibirán* la presencia del Señor. Éste es ya el significado de la epiclesis en la anáfora que figura en las Constituciones Apostólicas (s. IV):

Te pedimos que mires favorablemente estos dones ofrecidos en tu presencia ... y envíes sobre este sacrificio tu Espíritu Santo, el testigo de los sufrimientos del Señor Jesús, *para que él manifieste que este pan es el Cuerpo de Cristo y esta bebida su Sangre preciosa* (Cf. F. X. FUNK, *Didascalia et Constitutiones Apostolorum*, Paderborn 1905, Vol. I, p. 510).

De manera semejante se expresa la anáfora de san Basilio:

Te suplicamos ... que venga tu Espíritu Santo sobre nosotros y sobre los dones que aquí te ofrecemos, que los bendiga, los santifique y *manifieste que este pan es el venerable y propio Cuerpo de nuestro Señor ...* (Cf. EDELBY, *Liturgicon*, Beyrouth 1960, p. 485).

7. La epiclesis, súplica por la consagración de los dones

Las epiclesis orientales –también muchas de las hispanas– experimentan una última evolución, que parece originarse a finales del s. IV en Jerusalén. En la explicación de la epiclesis posconsecratoria de las

conocidas Catequesis atribuidas durante mucho tiempo a san Cirilo de Jerusalén, podemos leer la siguiente explicación:

Invocamos al Dios amador de los hombre para que envíe su Espíritu Santo sobre a oblación a fin de que *haga del pan el Cuerpo de Cristo y del vino su Sangre preciosa* (Catequesis mistagógica V; Cf. SOLANO, *Textos Eucarísticos primitivos*, BAC 88, Madrid 1952, vol. I, p. 329).

No mucho más tarde, en esta misma línea, la epiclesis toma un vocabulario más radical aún: se pasa de decir *hacer* al más fuerte *convertir o transformar*. Y ésta es la expresión que se convierte en la más habitual en las epiclesis de las anáforas orientales y la que posteriormente más dificultad causará en las controversias entre Oriente y Occidente, la raíz de las discusiones entre la Ortodoxia y el Catolicismo pues mientras los ortodoxos atribuirán la transustanciación a la epiclesis o acción del Espíritu Santo los católicos afirmarán que la transformación de los dones se debe únicamente a las palabras dichas por el sacerdote *in persona Christi*. He aquí, para poner un ejemplo, como aparece la epiclesis recitada después de la Consagración, en el texto más conocido y más usado en la actualidad, la anáfora llamada de san Juan Crisóstomo:

Te ofrecemos este sacrificio espiritual, este culto incruento, y te rogamos, te pedimos y te suplicamos que envíes el Espíritu Santo sobre nosotros y sobre los dones aquí presentes. *Haz de este pan el Cuerpo precioso de Cristo, transformándolo por obra del Espíritu Santo. R/. Amén. Y de lo que contiene este cáliz la Sangre preciosa de Cristo, transformándolo por obra del Espíritu Santo. R/. Amén.*

8. El significado teológico de la epiclesis

La epiclesis, sobre todo en sus formulaciones más recientes, han sido motivo de graves controversias entre Oriente y Occidente. Los occidentales, sobre todo después de que por una parte la teología medieval subrayara la acción del sacerdote como instrumento de Cristo que repetía lo que hizo en la Cena, no podían admitir que la transustanciación se operara por una invocación al Espíritu recitada *después de dichas "in persona Christi" las palabras de la institución*; los Orientales, por su parte, acostumbrados no sólo a las palabras de la epiclesis posconsecratoria

sino a la solemnidad con que desde el siglo V por lo menos estas palabras se recitan en la liturgia (el celebrante se arrodilla y extiende los brazos, el pueblo –o por lo menos el diácono– interviene con varios y solemnes *Amén*) no podían creer que tan solemnes súplicas no fueran eficaces. Así pues nació y arraigó la lucha y las controversias cada vez más encontradas.

Hoy las cosas parecen encontrar un camino más pacífico. La historia de los textos epicléticos y el conocimiento de las diversas familias litúrgicas han ayudado a reequilibrar el doble papel *Acción de Cristo por su ministro – Intervención del Espíritu Santo*.

Oriente y Occidente, aunque sus expresiones sean diversas, están bien convencidos, por otra parte, que la transubstanciación eucarística, incluidos sus frutos, como la Encarnación del Verbo, son obra del Espíritu Santo. Pero su acción invisible exige signos visibles. San Ambrosio (+ 397) veía estos signos en las palabras recitadas por el celebrante *in persona Christi*. A través de estas palabras el Espíritu Santo hacía presente el Cuerpo y la Sangre del Señor (Cf. *De Sacramentis*, 4, 14-16, 21-23, *Sources Chrétiennes*, 25 bis, pp. 108-115). Con todo esta visión del latino san Ambrosio que tan bien concuerda con la teología latina posterior, no parece muy distante de la visión del teólogo ortodoxo P. Evdokimov que decía hace unos años: “El Espíritu Santo, a través de las palabras del relato de la institución hace una anámnesis epifánica, manifiesta la intervención del mismo Cristo, identificando las palabras del sacerdote con las que él mismo dijo en la Cena al transformar los dones eucarísticos” (*L’Esprit Saint pensé par les Pères et vécu dans la liturgie* en CAZELLES, EVDOKIMOV, GREÎNER, *Le mystère de l’Esprit Saint*, Tours, Mame 1968, p. 106).

El repaso de la historia de la epiclesis esperamos que haya clarificado el significado que tiene esta invocación al Padre, para que mande el Espíritu, a fin de que nos recuerde y nos haga revivir no sólo lo que el Señor nos dijo (Jn 14, 26) sino lo que él obró en favor nuestro. Y logre que también en nuestras celebraciones latinas en las que la epiclesis eucarística ha recuperado por lo menos algo del lugar que le corresponde sea vivida con la debida intensidad por todos.

9. Subrayar la epiclesis en la celebración eucarística

Es verdad que la liturgia romana ha subrayado poco la intervención del Espíritu Santo en la celebración de la Eucaristía. Pero ni se puede decir que esté absolutamente ausente de la Plegaria eucarística ni que el Misal de Pablo VI no haya mejorado la relativa pobreza anterior. Por ello nos parece oportuno terminar estas reflexiones subrayando la presencia del Espíritu en cada una de las cuatro Plegarias eucarísticas de la actual liturgia romana.

Plegaria Eucarística I (Canon Romano): El Canon Romano es el texto eucarístico que ciertamente menos subraya la intervención del Espíritu Santo en la celebración de la Eucaristía. Con todo no deja de haber alguna expresión que, por lo menos implícitamente, se refiere a su intervención.

Como hemos dicho más arriba todo cuanto realiza Dios de cara a las criaturas –sus acciones *ad extra* dirán los teólogos– son acciones del Dios-Trinidad y únicamente *se atribuyen* a cada una de las personas en cuanto *manifiestan* su manera de ser propia. La santificación de los fieles, por tanto, es acción de Dios-Trinidad, pero *se atribuye* al Espíritu Santo. Pues bien, la súplica en vistas a que la Eucaristía no solo se realice sino que santifique a quienes la reciben (se trata de una obra de santificación, atribuible por ello al Espíritu Santo) no falta en el Canon romano. Veamos dos ejemplos:

Bendice y santifica, oh Padre⁶, esta ofrenda... de manera que *sea para nosotros* Cuerpo y Sangre de tu Hijo amado, Jesucristo, nuestro Señor.

Este texto es remarcable por su sentido epiclético: aunque no se cite explícitamente al Espíritu Santo, se pide, no obstante, no sólo que se realice la transubstanciación –ello se hará por las palabras del Señor– sino

6 Es una lástima que la versión española traduzca por *Padre* el original latino que dice *Deus*, pues la acción que se pide no es obra del Padre sino del Dios-Trinidad y en todo caso debería *atribuirse* al Espíritu, no al Padre. La versión gallega también tiene este pequeño despropósito. La italiana, la alemana y la catalana, en cambio, traducen literalmente *oh Dios*, facilitando la comprensión de esta plegaria en sentido epiclético. La inglesa omite el vocativo.

que esta transubstanciación consiga su fruto de santificación —obra *atribuible* al Espíritu Santo, por tanto *Epiclesis*, aunque poco explícita— en los fieles. Esta santificación de los comulgantes es precisamente lo que pedían ya, como hemos visto, las más antiguas epiclesis.

Otro inciso del Canon Romano que tiene por lo menos un cierto significado epiclético es:

Te pedimos humildemente, Dios todopoderoso, que esta ofrenda sea llevada a tu presencia, hasta el altar del cielo, por manos de tu ángel⁷ para que cuantos recibimos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, al participar aquí de este altar, seamos colmados de gracia y bendición.

En este texto, en efecto, se pide como en las epiclesis más primitivas (Hipólito, Addai y Mari; Cf. Núm. 5) la santificación de los comulgantes, santificación *atribuible* al Espíritu Santo, al cual además es *posible* se aluda con el vocablo *ángel*.

Plegaria Eucarística II: En esta plegaria, calcada sobre la de Hipólito y redactada en nuestro tiempo cuando todos estaban convencidos de la necesidad de explicitar la acción del Espíritu Santo en la celebración eucarística, la presencia de la epiclesis no puso dificultad alguna. Siguiendo el original se quiso redactar una epiclesis que aludiera tanto a la transubstanciación como a los frutos de la comunión. Pero para no poner dificultades a los fieles latinos educados a ver la transubstanciación como fruto de las palabras del Señor se dividió la epiclesis original en dos partes: antes del relato de la institución se pide al Espíritu que intervenga en la consagración de los elementos eucarísticos y después de la Consagración se pide por los frutos de la comunión (sobre esta segunda epiclesis, ver AROCENA..., págs. 113-122). Con todo hay que decir que la primera epiclesis en el fondo, como las más primitivas y auténticas epiclesis, pide más por los frutos de la comunión que por la realización

7 Algunos han querido ver en la palabra *ángel* una alusión al Espíritu Santo, como *Enviado* del Padre; aunque esta interpretación no sea imposible —sobre todo si el Canon Romano es versión de un texto griego perdido— con todo parece difícil esta interpretación.

de la transustanciación. La súplica, en efecto, no pide que el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y Sangre del Señor —ello se realizará sin duda— sino que se pide mucho más: que sean no solo objetivamente sino también fructíficamente *para los comulgantes* Cuerpo y Sangre de Cristo. Es decir, se pide lo que en lenguaje de la Escuela se diría no sólo el sacramento sino el fruto del sacramento, (*non sacramentum tantum sed et res sacramenti*).

Plegarias Eucarísticas III y IV: También estas Anáforas son de nuestra época y por ello sus epiclesis aparecen bien claras y explícitas y, como en la anterior, tanto antes de la Consagración como después del relato. Antes, para pedir la intervención del Espíritu en la transformación de los dones, después para el fruto de la comunión.

En ambas Plegarias, la epiclesis preconsecratoria ha omitido lastimosamente el rico inciso que ponemos en cursiva “Santifique estos dones de manera que *sean para nosotros* Cuerpo y Sangre de Jesucristo...”, inciso que figura no sólo en la Plegaria II sino incluso en el antiguo Canon Romano. Esta omisión fue debida sobre todo a que no pocos se quejaron en su día que las palabras omitidas podían dar a entender que la consagración era un hecho solamente subjetivo y dependiente de la fe personal... No se comprendió que lo que se pedía era en el fondo una comunión no sólo material sino también fructífera: que el pan y el vino no sólo sean objetivamente el Cuerpo y la Sangre del Señor sino que además lo sean fructíferamente *para nosotros* que, asistidos por el Espíritu Santo, pedimos recibirlos con unas disposiciones óptimas.